

## Inglaterra, Inglaterra



Julian Barnes

*Inglaterra, Inglaterra*

Barcelona: Anagrama, 1999. p. 317

(Panorama de narrativass; 431)

*Textos reproducidos con la autorización de la editorial Anagrama*

Sir Jack Pitman, un magnate de aquellos que solo la vieja Albión puede producir, mezcla de Murdoch, Maxwell y Al Fayed, emprende la construcción de la que será su obra magna. Convencido de que en la actualidad Inglaterra no es más que una cáscara vacía de sí misma, apta sólo para turistas, él creará una "Inglaterra, Inglaterra" mucho más concentrada, que de manera más eficaz contenga todos los lugares, todos los mitos, todas las esencias e incluso todos los tópicos de lo inglés, y que por consiguiente será mucho más rentable.

Para quienes tratan de hacerse con terminología e ideología moderna del tipo "patrimonio como factor de desarrollo" "parques temáticos y centros de interpretación" "living history" y "calidad de la experiencia" la prosa irónica e insidiosa de Julian Barnes nos acerca, desde la literatura, una visión desenfada de lo que en nuestra gestión patrimonial es una seria y acrítica vía de acercar el patrimonio a la sociedad. Vale la pena poner en solfa experiencias que por antinaturales a la vieja idea de la conservación del patrimonio nos aquejan de falta de sentido crítico y redimensionamiento del impacto social de los mismos.

Los mejores cerebros desgravables fueron convocados para hablar ante el Comité Coordinador del Proyecto. El intelectual francés era un personaje menudo y pulcro con una chaqueta inglesa de tweed, media talla más grande que la suya; la acompañaba una camisa de algodón americano, azul pálido y con botones en el cuello, una corbata italiana de vistosa contención, pantalones de lana gris internacionales, y un par de mocasines franceses con borla. Una cara redonda bronceada por generaciones de lámparas de escritorio; gafas sin montura; calvicie incipiente en un pelo prensado muy corto contra el cráneo. No llevaba maletín y no escondía notas en la palma ahuecada. Pero con unos cuantos gestos suaves se sacaba palomas de la manga y una hilera de banderines de la boca. Pascal conducía a Saussure a través de Laurence Stern; Rousseau a Baudrillard por conducto de Edgar Allan Poe, el marqués de Sade, Jerry Lewis, Dexter Gordon, Bernard Hinault y las primeras obras de Anne Sylvestre; Lévi-Strauss conducía a Lévi-Strauss.

—Lo fundamental— anunció, una vez hubieron flotado hasta el suelo los pañuelos de colores y las palomas se hubieron posado —, lo fundamental es comprender que su magno proyecto (y a nosotros los franceses nos complace saludar los grands projets ajenos) es profundamente moderno. En nuestro país tenemos una cierta idea del patrimoine, y en el de ustedes tienen una cierta idea de 'Eritage. Aquí no estamos hablando de tales conceptos, es decir, no hacemos referencia directa a los mismos, aun cuando, por supuesto, en nuestro mundo intertextual tal referencia, por irónica que sea, es desde luego implícita e inevitable. Confío en que comprendamos que no existe una zona exenta de referencias. Lo digo de pasada, como dicen ustedes.

“No estamos hablando de algo hondamente moderno. Se acepta comúnmente, y de hecho lo han demostrado de modo incontrovertible muchos de los que he mencionado, que hoy día preferimos la réplica al original. Preferimos la reproducción a la obra de arte en sí misma, el sonido perfecto y la soledad del compact disc al concierto sinfónico en compañía de un millar de víctimas de molestias de garganta, el libro grabado al libro en las rodillas. Si alguna vez visitan las tapicerías Bayeux, en mi país, descubrirán que, para acceder a la obra original del siglo XI, antes tienen que pasar por un facsímil de cuerpo entero producido por técnicas modernas; ahí tienen una exposición documental que sitúa la obra de arte para el visitante, el peregrino, como si dijéramos. Pues bien, sé de buena tinta que el número de minutos que el visitante pasa delante del facsímil supera en cualquier cómputo que se haga al número de minutos que permanece delante del original”.

“Cuando se descubrieron estas cosas, hubo alguna gente chapada a la antigua que expresó desilusión y hasta vergüenza. Fue como el descubrimiento de que la masturbación con ayuda de material pornográfico es más divertida que el sexo. Quelle horreur! Esos bárbaros han vuelto a invadirnos, exclamaron, están socavando el tejido de nuestra sociedad. Pero no es el caso. Es importante comprender que en el mundo moderno preferimos la réplica al original porque eso nos proporciona un mayor frisson<sup>1</sup>. Dejo esta palabra en francés porque creo que ustedes así lo entienden bien.

“Ahora bien, el interrogante es: ¿por qué preferimos la réplica al original? ¿Por qué nos causa una mayor frisson? Para entenderlo, tenemos que entender y afrontar nuestra inseguridad, nuestra indecisión existencial, el profundo miedo atávico que experimentamos cara a cara ante el original. No hay sitio donde escondernos cuando nos presentan una realidad alternativa a la nuestra, una realidad en apariencia más poderosa y que en consecuencia representa una amenaza. Sin duda están ustedes familiarizados con la obra de Viollet-Le-Duc, que en la primera parte del siglo XIX recibió el encargo de restaurar muchos de los castillos derruidos y fortresses<sup>2</sup> de mi país. Ha habido dos maneras tradicionales de considerar su obra: una, que su propósito era, en la medida de lo posible, salvar las viejas piedras de la destrucción y la desaparición, conservarlas lo mejor que pudo; otra, que intentaba algo más difícil: restaurar el edificio tal como había sido construido originalmente, una tarea de la imaginación que algunos juzgan lograda y otros lo contrario. Pero hay un tercer modo de enfocar el asunto, y es el siguiente: Viollet-Le-Duc pretendía abolir la realidad de aquellas construcciones antiguas. Frente a la rivalización de la realidad, de una realidad más fuerte y más profunda que la de su tiempo, no tenía más remedio, a causa del terror existencial y el instinto humano de conservación, ¡que destruir el original!

“Permítanme que cite a uno de mis compatriotas, uno de esos soixante-huitards<sup>3</sup> del siglo pasado cuyos errores muchos de nosotros consideramos muy instructivos, muy fructíferos. “Todo lo que en su momento se vivió directamente, escribió, “se ha vuelto mera representación”. Una verdad profunda, aunque concebida como un profundo error. Porque lo asombroso es que la enunciaba como una crítica y no como un elogio. Sigo citándole: “Más allá de un legado de libros y edificios antiguos, que aún conservan cierta importancia pero están destinados a una reducción continua, no pervive nada, ni en la cultura ni en la naturaleza, que no haya sido transformado y contaminado con arreglo a los medios e intereses de la industria moderna”.

1. Escalofrío en francés (N. del T.).

2. Fortalezas en francés (N. del T.).

3. Sesenta y ocho años, es decir los estudiantes que participaron en las revueltas de 1968 en París y, por extensión, toda clase de contestarios.

*“¿Ven cómo la mente puede llegar tan lejos y perder luego el coraje? Y vean que esa cobardía podemos situarla en el desplazamiento, la degeneración, de un verbo de sentido neutral “transformar”, en otro de reprobación ética, “contaminar”. Aquel viejo pensador comprendió que vivimos en el mundo del espectáculo, pero el sentimentalismo y un cierto “recidivismo” político le impulsaron a temer su propia visión. Yo preferiría desarrollar su pensamiento de la manera siguiente. Antiguamente sólo existía el mundo, vivido directamente. Ahora existe la representación del mundo; permítanme que fracture la palabra: re-presentación. No sustituye al mundo simple y primitivo, sino que lo refuerza y lo enriquece, lo ironiza y compendia. En ese mundo vivimos actualmente. Un mundo monocromo se ha vuelto tecnicolor, el graznido de un orador único se ha convertido en un sonido yuxtapuesto. ¿constituye una pérdida? No, es nuestra conquista, nuestra victoria.*

*“En resumen, sostengo que el mundo del tercer milenio es inevitable, ineluctablemente moderno, y que nuestra tarea intelectual consiste en acatar dicha modernidad y tachar de sentimental y fraudulento cualquier anhelo de lo que dudosamente se denomina el “original”. Tenemos que exigir la réplica, puesto que la realidad, la verdad, la autenticidad de la réplica es la única que podemos poseer, colonizar, volver a ordenar, disfrutar y, por último, si así lo decidimos, es la realidad que está a nuestro alcance hallar, afrontar y destruir, puesto que es nuestro destino.*

*“Les felicito, señoras y caballeros, porque su empresa es profundamente moderna. Les deseo el valor de asumir esa modernidad. Críticos ignorantes afirmarán, sin duda, que ustedes pretenden simplemente recrear la Vieja Inglaterra, una expresión cuyas desinencias femeninas me resultan especialmente interesantes, pero eso es otra cuestión. De hecho, si me lo permiten, es una broma. Les digo, para acabar, que su proyecto tiene que ser muy “viejo”, ¡pues de ese modo será verdaderamente nuevo y moderno! Señores, caballeros, ¿me descubro!*

*Una limusina de la Picto trasladó al intelectual francés al centro de Londres, donde gastó parte de sus honorarios en botas de pescar de Farlow, moscas de House of Hardy y queso curado de Caerphilly en Paxton and Whitfield. Luego partió, vía Frankfurt, hacia su siguiente conferencia, de nuevo sin notas.*



## II

*—No estamos hablando de un parque temático— comenzó, Sir Jack. —Ni tampoco de un centro patrimonial. No hablamos de Disneylandia, la exposición Universal, el Festival de Bretaña, Legoland o el parque Asterix. ¿Williamsburg colonial? Disculpen: un par de pavos al viejo estilo asándose en una valla mientras unos actores en paro sirven gachas en platos de peltre y aceptan que pagues con tarjeta de crédito. No, caballeros; hablo metafóricamente, puesto que en mi gramática el masculino abraza al femenino, como parece que estoy haciendo con la señorita Cochran; caballeros, hablamos de un salto mayúsculo. No buscamos turistas del tres al cuarto. Es hora de dejar patidifuso al mundo. Ofreceremos más de lo que dan a entender palabras como “esparcimiento”; hasta la expresión “ocio de calidad”, por orgulloso que esté de ella, a la larga, quizá se quede corta. Ofrecemos la cosa misma. ¿Tiene usted dudas, Mark?*



La elección que Sir Jack hizo de la isla no había sido un exponente de zahorismo cartográfico. Hasta sus caprichos entrañaban dispendio. En el caso presente, los factores determinantes habían sido: el tamaño, la ubicación y los accesos de la isla, amén de la suma improbable de que la UNESCO la catalogase como patrimonio universal. Acceso al mercado laboral, elasticidad de la normativa urbanística, ductilidad de los lugareños. Sir Jack no preveía excesivos problemas en encandilar a los isleños: su experiencia del mundo en vías de desarrollo le habían enseñado a explotar el resentimiento histórico, e incluso a engendrarlo. Además tenía en el bolsillo a los parlamentarios de la isla. Una serie de inversiones realizadas a bombo y platillo en el distrito electoral, además de la declaración de tres chaperos de Londres, firmada y guardada en la caja de caudales de un abogado de cerca del Inn Fields de Lincoln, garantizaban que Sir Percy Nutting, consejero de la reina y diputado del Parlamento, continuaría mostrando el entusiasmo debido. La zanahoria y el palo siempre funcionaban; el palo y la zanahoria, mejor todavía.

Al principio proyectaba simplemente adquirir la isla. Habían comprado varios miles de hectáreas a fondos de pensiones y comisionados de la Iglesia a cambio de bonos en la nueva empresa; el siguiente paso era convencer a Westminster de que le vendiese la soberanía. El plan no parecía inverosímil. Las últimas migajas del Imperio se estaban repartiendo por entonces de una manera que Sir Jack juzgaba enteramente racional. Las antiguas colonias se habían perdido en una ráfaga de principios súbitos acelerada por guerra de guerrillas. A los últimos enclaves se les aplicaron criterios económicos sensatos: Gibraltar fue vendido a España, las islas Malvinas a Argentina. Claro que ni el vendedor ni el comprador presentaron las cesiones como tales; pero Sir Jack tenía sus fuentes de información.

Esas mismas fuentes informaron del hecho decepcionante de que Westminster había endurecido su postura respecto a vender la isla de Wight a un particular. Habían puesto reparos especiosos de integridad nacional. Pese a la presión ejercida por un grupo de diputados leales a Sir Jack, el gobierno se negó de plano a poner precio a la soberanía. No está en venta, dijeron. Este rechazo, al principio, enfurruñó un poco a Sir Jack, pero enseguida recuperó el humor. En definitiva, había algo inherentemente insatisfactorio en la misma naturaleza del trato. Querías comprar algo, el propietario fijaba un precio y al final lo obtenías por menos. ¿Dónde estaba la gracia?

En efecto, ¿no había algo anticuado en el concepto mismo de propiedad o, mejor dicho, en su adquisición por medio de un contrato formal, en el cual se recibe un título a cambio de una determinada suma? Sir Jack prefería repensar todo el concepto. Era sin duda cierto que la propiedad carecía de importancia siempre que tú ejercieras el control: y sí, por el momento él tenía todas las opciones de compra de tierras y todas las licencias de urbanización necesarias. Tenía los bancos, los fondos de pensiones y las compañías de seguros correspondientes. La relación entre deuda y fondos propios era incontestable. Naturalmente no se había arriesgado capital, más allá de la fase de siembra; Sir Jack creía en invertir el dinero ajeno en los negocios que planeaba él. Y, sin embargo, más allá y por debajo de toda esta piratería lícita, yacía un impulso más primario, un anhelo atávico de suprimir el papeleo de la vida contemporánea. Habría sido injusto calificar de bárbaro a Sir Jack, aunque algunos lo hacían; pero en su interior se removía un ansia de recrear métodos preclásicos, preburocráticos, de adquirir propiedad. Métodos como el robo, la conquista y el pillaje, por ejemplo.

– Campesinos – dijo Marta Cochrane. Va a necesitar campesinos.

– Mano de obra barata, los llamamos hoy día, Martha. No es problema.

– No, hablo de campesinos. Como los palurdos que mastican pajas. Hombres con blusones, idiotas de pueblo. Tipos con guadaña al hombro que aventan el heno, si es lo que se aventan. Que trillan y criban.

– La agricultura –contestó Sir Jack– está sin duda prevista como telón de fondo y como visita secundaria y facultativa. Las chicas de campo no seréis olvidadas.

Su sonrisa era una mezcla de insinceridad e impaciencia.

– No hablo de agricultura. Hablo de personas. Nos pasamos el tiempo comentando la salida del producto, el perfil del visitante, las estructuras de la exposición, el rendimiento y la teoría del ocio, pero parece que olvidamos que uno de los señuelos más antiguos en este negocio es dar publicidad a la gente. A la gente cordial, amistosa, natural. Los ojos irlandeses son risueños, pondremos carteles de bienvenida en las laderas y todo ese rollo.

– Estupendo –dijo Sir Jack, un tanto receloso–. Podemos considerarlos. Una sugerencia muy positiva. Pero su manera de decirlo implica que prevé un problema.

– Dos, en realidad. Primero, no tenemos materia prima. Es decir nadie de esa mano de obra barata de la isla ha visto cereales más que en forma de copos en un cuenco.

– Entonces se pondrían a trillar, o lo que sea, con el entusiasmo de una generación nueva que empieza desde cero.

– ¿Y la cálida hospitalidad tradicional?

– Eso también puede aprenderse –respondió Sir Jack–. Y al ser aprendida será más auténtica. ¿O es una idea demasiado cínica para usted, Martha?

– Puedo soportarla. Pero hay un segundo problema. A saber, ¿cómo hacemos publicidad de los ingleses? Venga a ver a los representantes de un pueblo ampliamente considerado, incluso según nuestra propia encuesta, frío, esnob, retrasado emocional y xenófobo. Así como pérfido e hipócrita, desde luego. Quiero decir que sé que a los machos les gustan los retos...

– Bien, Martha –dijo Sir Jack–. Excelente. Por un momento he temido que tratase de ser constructiva y útil. De modo que, machos, ganaos el alpiste, trillado a mano o procesado industrialmente, según el caso. ¿Jeff?

Martha al observar al promotor de concepto mientras éste hacía una pausa de reflexión, comprendió que Jeff era la excepción del comité. No parecía tener una agenda personal; parecía haberse consagrado al proyecto; parecía abordar los problemas como si requiriesen soluciones; parecía también ser un hombre casado que no se le había insinuado. Todo era muy raro.

– Bueno –dijo Jeff–, lo primero que se me ocurre es que la mejor política consiste en halagar al cliente antes que al producto. Por ejemplo: tómese una pinta de cerveza Jolly Jack en el Old Bull and Bush, conozca a los pintorescos parroquianos y vea cómo se extingue la legendaria reserva de los ingleses. O bien: no se entregan fácilmente, pero cuando lo hacen su amistad es para toda la vida y rodeará todo el planeta.

– Esto último suena un poco a amenaza, ¿no? –dijo Mark–. La gente no va de vacaciones para hacer amistades.

– Yo creo que en eso te equivocas. Todos los sondeos que hemos hecho indican que la otra gente, es decir, los que no son ingleses, con frecuencia consideran que hacer amistades en vacaciones es un suplemento; más aún, un enriquecimiento de sus vidas.

– Qué curioso. –Mark lanzó una risa incrédula y dirigió la mirada a la corpulencia impasible de Sir Jack, en busca de pistas–. ¿Van a venir a la isla para eso? Todo ese superdólar y yen largo va a venir a compadrear con nuestra mano de obra barata, a intercambiar polaroids y direcciones y demás. “Aquí Worzel, de Freshwater, les hace una demostración de la vieja costumbre inglesa de beberse una pinta de Old Skullsplitter con una ramita metida en cada orificio de la nariz...” No, lo siento, no trago.

Mark dedicó una mirada borrosa al comité y resopló en silencio para sus adentros.

– Mark nos brinda una muestra convincente de esas mismas características inglesas que acabo de describir –comentó Martha.

– Buenos, ¿por qué no? –dijo Mark, entre bufidos–. Al fin y al cabo, soy inglés.

– Al grano –dijo Sir Jack–. Puede o puede que no haya aquí un problema. Vamos a resolverlo de todas formas.

Emprendieron la tarea. Se trataba, sobre todo de enfoque y percepción. Ya habían establecido que la agricultura estaría representada por dioramas verídicos, claramente visibles para el tráfico, ya fuese un taxi de Londres, una utobús de dos pisos o un carruaje de dos ruedas. Pastores repantigados debajo de árboles orientados en dirección del viento apuntarían con sus cayados y silbarían en falsetto a antiguos perros ingleses para que congregaran a los rebaños; rústicos con blusones y horquetas de madera aventarían heno sobre almiares esculpidos en forma de animales; guardabosques detendrían a cazadores furtivos en el exterior de un cottage de Morland y les pondrían en los cepos junto al pozo de los deseos. Lo único que hacía falta era dar un salto conceptual desde el estatuto decorativo a las posibilidades efectivas. Al pastor repatingado le encontrarían más tarde en el Old Bull and Bush, acompañando jovialmente al guardabosques que tocaba la gaita a través de un surtido de auténticas trovas campestres, algunas seleccionadas por Cecil Sharp y Percy Grainger, y otras escritas medio siglo atrás por Donovan. Los aldeanos que hacinaban heno abandonarían su torneo de bolos para hacer sugerencias gastronómicas, el cazador furtivo explicaría sus artimañas y entonces el viejo Meg, en cuclillas sobre el murete de la chimenea, posaría la pipa de arcilla y vertería la sabiduría ancestral. Decidieron que era cosa de poner en primer plano el telón de fondo. Cuestión de técnica, más bien.

– Por otra parte –dijo Mark.

– Sí, Marco. ¿Se nos avecina algún otro arranque antipatriótico?

– No. Quizá sí. Parece que hoy estoy tomando el relevo de Martha. Es sólo que... ¿no les parece que habría que tener cuidado con el síndrome del camarero californiano?

– Ilustre a una mente pueblerina –dijo Sir Jack.

– Es lo del fulano que en lugar de apuntar en un cuaderno lo que quieres comer y cierra el puto pico –dijo Mark, con virulencia–, se sienta en la silla de al lado y te habla del modo pacífico con que cascan las avellanas y pretende que le hables de tus alergias.

Sir Jack simuló asombro.

– Marco, ¿es una experiencia que le ocurre a menudo? ¿Elige bien los restaurantes? Confieso que mis vivencias son tan limitadas que todavía no he conocido a ningún camarero que me interrogue sobre mis alergias.

– ¿Pero comprende el sentido general? ¿El de que uno entra en un pub a tomarse una pinta en paz y se encuentra con una maloliente jugador de bolos que te hecha encima la cerveza y trata de ligarse a tu mujer?

– Bueno, esos es una experiencia intrínsecamente inglesa –observó Martha.

Jeff tosió.



– Oye, eso es de lo más improbable. Nuestras normas de higiene y las referentes al acoso sexual excluyen semejante escena. En cualquier caso, han decidido ir a un pub, ¿no? Estamos pensando muchos otros sitios donde se pueda cenar. Habrá para elegir desde el banquete de fin de semana del Country House hasta el servicio de habitaciones.

Sólo que... No es esnobismo –dijo Mark–. Bueno, a lo peor sí. ¿Les estás pidiendo a un currante, que antes trabajaba en una fábrica de calcetines o algo parecido, que se ponga a trillar todo el día y que luego se vaya al pub y que en vez de hablar de sexo y de fútbol con sus colegas, que es lo que le apetece, le estás pidiendo que además haga de paleta para visitantes que muy posiblemente son, lo doré en voz baja, más inteligentes y huelen mejor que nuestro fiel empleado?

– Luego puede irse a cenar con el Dr. Johnson en el Cheshire Cheese –dijo Jeff.

– No, no es eso. Es algo como... ¿alguna vez has visto una obra de teatro que cuando se acaba los actores bajan del escenario y se pasean entre el público esterchando manos, como diciendo, eh, ahí arriba sólo éramos producto de tu imaginación, pero ahora ves que somos de carne y hueso como tú? La idea me inquieta.

– Porque eres inglés –dijo Martha–. Piensas que tocarte es una invasión.

– No, se trata de mantener separada la ilusión de la realidad.

– Eso también es muy inglés.

– Cojones, soy inglés –dijo Mark.

– Nuestros visitantes no lo serán.

– Niños –les regañó Sir Jack–. Caballeros. Señora. Una modesta propuesta de la presidencia. ¿Qué les parece una cafetería en la isla que se llame El Capuchino Sucio y cuyo propietario sea el signor Marco?

La obligatoria carcajada colectiva puso punto final a la reunión.

#### IV

– Buck House –dijo Sir Jack. Sin Buck House estamos varados.

Los hoteles tenían alfombras y árboles en tiestos, las torres gemelas del estadio de Wembley estaban esperando que las superasen... Todo estaba listo para que abriesen los centros comerciales y empezaran los concursos de perros pastores. Estaba ya trazado el laberinto de Hampton Court; habían erigido una Casa Blanca en la colina de piedra caliza, y en un acantilado orientado al oeste un paisajista había emplazado grandes superficies con escenas de la historia de Inglaterra que brillaban como un friso negro contra el sol poniente. Tenían un Big Ben la mitad de pequeño; tenían la tumba de Shakespeare y la de la princesa Diana; tenían a Robin Hood (y a su alegre pandilla), los acantilados blancos de Dover, los taxis como escarabajos negros que a través de la niebla de Londres llegaban a pueblos de Costwold llenos de cottages con techo de paja donde servían té con nata de Devonshire; tenían la Batalla de Inglaterra, el críquet, los pubs conjuego de bolos, Alicia en el país de las maravillas, el periódico Times y los 101 dálmatas. Habían excavado y plantado de sauces llorones el Mausoleo Marital de Stacpoole. Había Beefeaters adiestrados para servir grandes desayunos ingleses; el Dr. Johnson escogía sus parlamentos para la experiencia de la cena en el Cheshire Cheese, al tiempo que mil petirrojos se aclimataban en la nieve perpetua. El Manchester United recibiría a los equipos visitantes en el Wembley de la isla, y a continuación de cada partido, un equipo de suplentes volvería a jugarlo, con idéntico resultado, en el Old Trafford. No habían conseguido atraer a sus filas a parlamentarios; pero un puñado de actores, aun con muy pocos ensayos, los reemplazaba sin que se notase. Habían armado e inaugurado la National Gallery. Tenían el paisaje campestre de las Brontë y la casa de Jane Austen, el bosque primigenio y la fauna del parque nacional; tenían el music hall, la mermelada, los bailes folklóricos, la Royal Shakespeare Company, Stonehenge, el labio superior tieso, los sombreros hongos, los seriales clásicos de la tele, los entramados de madera, los alegres autobuses rojos, ochenta marcas de cerveza caliente, Sherlock Holmes y una Nell Gwynn cuyo físico impedía cualquier posible rumor de pedofilia. Pero no tenían la Buck House.

En un sentido, sin embargo, la tenían. La fachada del palacio y las verjas estaban completas; los soldados con piel de oso de la Guardia Real habían sido aleccionados para no atacar con la bayoneta a los encantadores bebés a gatas que les manchaban con helado la puntera de los zapatos; las banderas –todo un arco iris– aguardaban para desfilar. Todo ello se hacía por medio de noticias filtradas deliberadamente que de un modo natural inducían a la gente a presumir que la familia real había accedido a mudar de residencia. Los desmentidos periódicos de Buckingham Palace sólo servían para confirmar el rumor. Pero el hecho era que no tenían la Buck House.